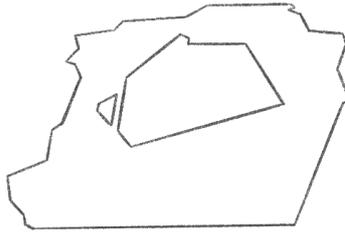


EL PORTAL DEL
NUBLO

IVÁN MONZÓN LÓPEZ

**BILENIO**
publicaciones

1



LA TRANSGRANCANARIA

Astrid había sido desde siempre una gran amante de los deportes de aventura y una magnífica corredora, especialmente a través de la montaña. Por eso no lo dudó cuando le hablaron de la Transgrancanaria, una carrera de ultrafondo en la que los participantes recorren a pie casi toda la isla. Requiere de una gran forma física, enfrentarse a un clima cambiante y tener buena tolerancia a la fatiga. Con una duración de más de quince horas muchos se ven obligados a hacer noche durante el camino. No se trata, desde luego, de una simple carrera que puedas preparar de una semana para otra o incluso de un mes para otro, sino de una exigente prueba de montaña en la que debes conocer al máximo tus límites y capacidades para afrontar con éxito tan prolongado esfuerzo.

Precisamente, con el objetivo de ir lo mejor preparada posible, Astrid hizo las maletas con cierta antelación y se fue desde su Alemania natal hasta Gran Canaria.

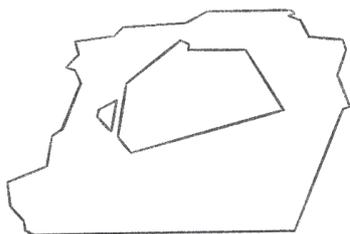
Alquiló una habitación en el norte de la isla y se marcó un estricto régimen de trabajo basado en combinar una dieta rigurosa con mucho entrenamiento diario. Como amante de los grandes retos, de entre todas las modalidades escogió el trazado de la 360°, la prueba más salvaje de la Transgrancanaria, que la organización mantiene en secreto hasta apenas unas horas antes de comenzarla. Por eso, todos los días subía hasta diversos puntos de la isla para habituarse a las variantes tipologías de terreno y niveles, ya fuera arena, montañas rocosas o abundante vegetación. Comprendió de ese modo porqué a la isla la llamaban el “continente en miniatura”, descubriendo hermosas y cambiantes formas paisajísticas que iban desde abundantes bosques verdes y flora exótica, pasando por caprichosas formaciones montañosas y calderas volcánicas, hasta paisajes de dunas y costas con playas espectaculares.

Aquellas estaban siendo unas semanas de mucha lluvia y frío, algo a lo que los residentes no estaban acostumbrados pero que para ella era lo habitual. Además, para estar en pleno 21 de marzo, el clima resultaba agradable, aunque tenía que reconocer que cuando el viento soplaba le calaba los huesos. Esa tarde le tocaba recorrer una ruta con bastantes desniveles que arrancaba desde Fontanales hasta alcanzar el Roque Nublo. Un trayecto, que después de dos semanas recorriendo la isla, ya conocía bien y que le gustaba especialmente, avanzando en un constante sube y baja a través de frondosos barrancos.

Comenzó tarde, ya pasadas las siete y media, pero era ese su objetivo: probarse en una carrera nocturna. Si algo saben los habituales de este tipo de carreras es que hay una serie de materiales imprescindibles que debes llevar contigo, como una reserva de agua y comida energética, al menos dos linternas o frontales en buen estado, un teléfono móvil con opción internacional o incluso un silbato por si surgiera algún percance en el camino.

Como esperaba, al llegar la noche comenzó a azotar el viento, acompañado de algo de lluvia y frío. El cielo estaba, además, bastante encapotado, por lo que contaba con muy poca luz. Pero iba bien preparada con una chaqueta impermeable y con el frontal encendido desde antes incluso de ponerse el sol. Corría con cierta precaución, marcando bien los ritmos, cuando llegó hasta el barrio de La Culata, encontrando frente a ella una dura subida hasta el Roque Nublo. Se enfrentaba al tramo más complicado del recorrido, muy pedregoso y con un desnivel de más de quinientos metros. No le importaba. Con mucha calma y sin frenar, empezó a subir con confianza la empinada ladera. El frío iba en aumento a cada paso y el silencio era sepulcral. Estaba tan concentrada en la subida que no se había percatado de que había sido engullida por un ejército de nubes. A pesar de la potencia de su frontal, no veía prácticamente nada a una distancia de más de dos metros.

Una inusual lluvia comenzó a arreciar con cronométrica precisión. Las caprichosas nubes fueron en aumento y la lluvia incrementó su violencia, por lo que, disgustada, decidió que lo más prudente sería regresar. Si el todavía chubasco se convertía en un chaparrón podía ser muy peligroso. Refugiada en su abrigo y calada hasta las cejas, iniciaba el descenso cuando creyó escuchar unos furiosos gruñidos desde la niebla. Astrid miró hacia todos lados asustada, pero no lograba ver nada más allá de la densa neblina. Un terrible escalofrío le recorrió todo el cuerpo desde la cabeza hasta la punta de los pies. Echó a correr ladera abajo sin importarle si se podía tropezar con una roca o resbalar con la grava. Aún sin poder ver nada, una fuerza superior la aconsejaba correr y correr por su vida, guiándose tan solo por su instinto de supervivencia. Así hizo hasta que algo lanudo chocó contra ella, empujándola contra el suelo. Presa del pánico y sin poderse levantar por el miedo, volvió a mirar a su alrededor, fijando la vista hacia la bruma. Vio entonces unos puntos amarillentos entre la niebla, como unos brillantes ojos de fuego amenazador. Totalmente desesperada y sin saber qué hacer, comenzó a soplar su silbato, fuera de sí, hasta que sintió un fuerte golpe en la cabeza. Lo que ocurrió después no pudo saberlo. Cayó desplomada inconsciente sobre el suelo húmedo.



LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

Eran ya pasadas las ocho de la tarde, cuando, nada más abrirse las acristaladas puertas del aeropuerto de Gran Canaria, Dani pudo sentir al fin esa tan característica caricia de calor subtropical que propicia el clima canario. A pesar de los innegables encantos de vivir en una metrópoli tan cosmopolita como Londres, no podía evitar añorar aquel dulce aroma entremezclado con el salitre del Atlántico.

Fuera de la terminal le esperaban sus padres, Pedro y Esther, dos veteranos profesores universitarios que, desde hacía ya unos cuantos años, se dedicaban a disfrutar de su tan merecida jubilación. Estaban de pie junto al coche familiar, un Kia Sportage rojo metalizado de cuarta generación, impacientes por volver a ver a su hijo, tras casi cuatro años desde su última visita a la isla. Aunque desde niño nunca había sido muy amigo de los arrumacos y las muestras efusivas de cariño, su madre

lo abrazó con fuerza, dándole un cariñoso beso en la mejilla. Acto seguido, Esther dio rienda suelta a esa tan habitual costumbre de muchas madres españolas, hasta ahora contenida, y comenzó a aturullar de preguntas a su hijo.

—¿Qué tal el viaje? ¿Todo bien? ¿Cómo está el tiempo en Londres? Aquí ha estado estupendo, quizás un poco de viento, pero se nota que ya llegó el verano. ¿Son cosas mías o has cogido unos cuantos kilos desde la última vez que te vi? ¿Qué estás comiendo?

—Comida, adorada madre, comida. En cuanto al viaje, sí, todo perfecto. Muchas gracias y perdón por el retraso —se disculpó Dani, saludando a su padre y ofreciendo su mano que aceptó gustoso—: la terminal estaba llena de gente y me costaba avanzar entre tanto *guiiri* —añadió mientras metía su equipaje en el maletero del coche, un maletín con un Mac Book Pro y una vieja mochila ya media roída por los años.

—Parece que Lucille aún no ha conseguido que tires a la basura esa mochila. ¿No te había comprado una por tu cumpleaños? Es increíble lo que te aferras a las cosas, no entiendo cómo no te da vergüenza ir por ahí con esa mochila tan roñosa.

—Sí que me la compró, pero esta mochila y yo hemos vivido mucho juntos y no pienso desprenderme de ella hasta que no quede más remedio. Pobrecita —sentenció Dani, fingiendo acariciar su macuto como si fuera una persona y haciendo sonreír a sus padres.

Luego se montaron en el automóvil y, tras enseñar Pedro con regocijo a su hijo cómo se ponía en marcha el motor pulsando tan solo el botón de arranque, se incorporaron rápidamente a la Gran Canaria 1, rumbo hacia Las Palmas de Gran Canaria.

—Por cierto, venía ahora leyendo en el avión lo de las chicas desaparecidas. ¿Ha habido alguna novedad sobre eso? ¿Cuántas van ya, cinco? —quiso saber Dani, frunciendo el ceño realmente intrigado por el asunto.

—¡Ay, sí! ¿Te has enterado? Salió en la televisión nacional. Es aún peor, hace unos meses desapareció otra chica de unos veintipocos por la zona de las medianías, alemana y también con el pelo rubio. ¡Es terrible! —respondió Esther inclinando la cabeza con gesto apesadumbrado.

—Está todo el mundo muy agobiado con ese tema, empiezan a circular todo tipo de rumores macabros. Algunos incluso disparatados, me saca de quicio —dijo Pedro incómodo y ligeramente nervioso.

—No es para menos. Es muy desagradable, pobres chicas y pobres familias —añadió Esther con un deje triste en su voz.

Se produjo un desapacible silencio durante unos pocos segundos tras las palabras de Esther, interrumpido aceleradamente por Pedro, que se dirigió a su hijo mirándole por el retrovisor del coche mientras conducía, buscando desviar en lo posible el siniestro tema y que prevaleciera nuevamente el reencuentro familiar.

—Tu madre te ha preparado unos bocadillos de tortilla, estarás muerto de hambre después de cuatro horas y media de vuelo.

—Pues la verdad es que sí. Con tanto lío tratando de cerrar el último artículo antes de firmar el finiquito con el periódico, no tuve mucho tiempo para prepararme nada. A duras penas pude hacer la maleta antes de salir hacia Heathrow.

—Tú no te preocupes hijo, ya verás cómo pronto encuentras otro trabajo y mucho mejor. Tu tranquilo que todo llega —consoló Esther al joven.

—No me preocupo, madre. Por ahora, entre lo que tengo ahorrado y el trabajo de fotógrafo freelance, va todo bien. Además, el editor del periódico me ha comentado que le gustaría tirar de mí de vez en cuando para generar contenidos con algún artículo específico de encargo para la edición digital. Ya tengo varias ideas en la cabeza.

—¿Y no has pensado en buscarte algo por aquí? ¿Qué opina Lucille? Tu tía Obdulia me ha comentado que la Consejería va a sacar plazas para el próximo año.

—¿Ya empezamos? Acabo de cruzar medio océano, querida madre, ya podrás darme la paliza después. Tenemos como mínimo dos semanas —respondió con cierto retintín Dani, desviando su mirada hacia la ventanilla del coche, observando cómo los últimos rayos del atardecer se ocultaban tras las montañas del interior de la isla.

—Calma y buenos alimentos —terció Pedro buscando apaciguar un poco los ánimos entre su mujer y su hijo.

—Está bien, está bien. Era solo un comentario —se disculpó Esther, aunque claramente mordiéndose la lengua. Pasados unos pocos e incómodos segundos, desvió la conversación por otros derroteros, preguntando a su hijo—: ¿Y qué tienes planificado hacer estos días? Vamos a subir a la casa de Artenara, por si te quieres venir con nosotros.

—El jueves por la noche he quedado con los chiquillos, que me han dicho de tomar *un algo* por Vegueta. Parece ser que han abierto bastantes terracitas y hay organizada una ruta de pinchos a dos euros junto a una cañita. Me muero de ganas por tomarme una *tropi* bien fresquita, pero por mí perfecto subir a la casa-cueva el fin de semana.

Tras recorrer unos tres kilómetros de la Avenida Marítima que rodea la capital de la isla, cogieron la desviación del teatro Pérez Galdós, donde está la desembocadura del barranco Guinguada, para dejar atrás la calle Rafael Cabrera y entrar por Munguía hacia un callejón privado donde aparcaban los coches del edificio donde vivían.

—Sí, tu madre y yo hemos paseado por esa zona varias veces y se ve muy buen ambiente. Va mucha juventud —señaló Pedro, mientras maniobraba para aparcar en batería dentro del callejón, entre el intermitente

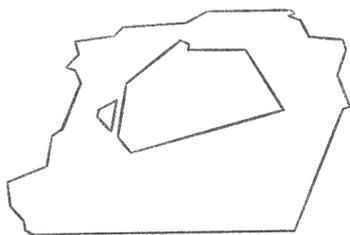
timbre del sensor de aparcamiento del Kia—. Por mí no hay problema, lo único que si quieres quedarte con el coche tendrías que llevarnos a la casa mañana temprano, y ya luego si quieres subes tú el viernes o el sábado. Recuerda que el domingo es San Juan, de todos modos.

—Claro, perfecto. Yo les subo mañana sin problema, aunque, por si acaso, mejor definamos primero qué entendemos por temprano.

—No sé, ¿sobre las diez o así?

—Estupendo, me encanta cómo madrugan los pensionistas.

Tras bajarse del coche y descargar el equipaje, se dirigieron a la residencia familiar en la quinta planta del edificio Bitácora, en el número 2 de la Avenida Marítima de Canarias, desde donde se podía contemplar la hermosa panorámica del océano. El murmullo de la urbe se confundía con el eco de las olas rompiendo contra los diques de la avenida a sus espaldas, recordándole a Dani lo feliz que estaba de volver a su tierra, sin apenas atisbar a imaginar la increíble y peligrosa aventura que le aguardaba en su vuelta a Gran Canaria.



ARTENARA

A la mañana siguiente, después de ducharse y desayunar el gigantesco bol de frutas que Pedro le había preparado, Dani cumplió lo prometido y subió con sus padres hasta Artenara. En poco más de una hora alcanzaron el municipio, situado en las cumbres occidentales de Gran Canaria y el más alto de la isla, a casi unos mil trescientos metros de altitud con respecto al nivel del mar.

Entraron por su arteria principal, rodeando el Ayuntamiento y la iglesia de San Matías, para luego adentrarse por la calle Párroco Domingo Báez, y dejar atrás el impactante balcón-mirador de Unamuno, desde donde el escritor y filósofo de la Generación del 98 definió a la cumbre grancanaria como *"un espectáculo imponente y una tremenda conmoción de las entrañas de la tierra, parece todo ello una tempestad petrificada"*.

Finalmente alcanzaron la parte más elevada del municipio, donde se encontraban varias de las antiguas casas-cuevas propias de la villa, atravesando la estrecha calle que bordeaba una de las laderas de la Caldera de Tejada y cuyo tránsito resultaba especialmente complicado —sobre todo conduciendo un crossover de las dimensiones del Sportage—, lo que suscitó alguna que otra polémica entre Dani y su padre al respecto de indeseadas rozaduras en su flamante coche nuevo.

Cuando llegaron a la casa, Dani volvió a entender porqué sus padres, siempre que podían, se escapaban del tumulto de la capital para disfrutar de su segunda residencia, una típica vivienda tradicional escondida entre las rocas, construida en tiempos inmemoriales y que, probablemente, fuera morada de la población prehispánica que habitaba el entorno de Artenara. A pesar de la gran cantidad de turismo que visitaba la villa, sobre todo después del boom que había supuesto la transformación de muchas de estas cuevas en viviendas vacacionales, aquel era todavía un lugar en donde, a excepción del suave sonido de las aves, solo se escuchaba el silencio.

Después de meter los bártulos y ventilar un poco la casa, Esther le pidió a Dani que si antes de marcharse podía acercarse hasta la vieja panadería en el centro y comprarles unas cuantas barras de pan de papas, la especialidad de la casa que tanto le gustaba a Pedro, y dos garrafas de agua en el autoservicio situado justo

al lado. A pesar de que el joven había quedado en Las Palmas de Gran Canaria para tomar un aperitivo con su viejo amigo Marcos, el *flaco percha*, ante la insistencia de su madre no le quedó otra que bajar caminando hasta el pueblo, dando por hecho la imposibilidad de aparcar por la zona debido a la cantidad de turistas que, seguramente, estarían en ese momento visitándola. Al pasar nuevamente por la plaza de San Matías, comenzó a escuchar el ronroneo de las guaguas aparcadas en las proximidades, que se confundía con los pasos de innumerables visitantes de todo tipo de nacionalidades, cuando creyó oír, no sin cierta sorpresa, una voz con acento extranjero que le era muy familiar.

—¡Dani! ¿Eres tú Dani? —creyó entender el joven de entre el tumulto de voces, digno de la mismísima Torre de Babel, que se agolpaban en torno a la plaza— ¡Sí que eres tú!

Dani reconoció sin dudar a la persona que lo llamaba, una señora con el pelo plateado y figura algo rechoncha, que avanzaba cansadamente hacia él, y casi sin mediar palabra se le abrazó con fuerza, dándole un efusivo beso en la mejilla.

—Hola Ingrid. ¿Cómo estás?

—¡Muy bien! ¿Tú que tal? Chacho, chacho.... te veo muy bien. ¿Cuándo llegaste? —preguntó la señora con una entonación muy particular y entrañable al entremezclar expresiones canarias con un fuerte acento nórdico.

—Pues llegué justo anoche a la isla y hace solo un rato subí con mis padres a la casa-cueva. Ellos se quedarán desde hoy aquí y yo casi seguro me vendré a pasar el fin de semana.

—Muy bien, muy bien Dani. ¡Cuánto me alegro de verte! Realmente te veo muy bien —destacó la sonriente Ingrid, volviendo a estrujar al joven con cariño, dando innegables muestras de afecto que Dani agradecía sinceramente. Hacía ya muchos años que se conocían—. ¿Qué tal están tus padres?

—Bastante bien, seguramente bajen sobre las siete a la *Tamadaba* a tomarse un café, por si los quieres saludar. Y, por supuesto, disfrutando mucho de la jubilación. Pero bueno, qué te voy a contar a ti, ¿no?

—Totalmente Dani, jubilarme es lo mejor que podía haber hecho. Estoy mucho más tranquila ahora, yendo todas las mañanas a la piscina y escapándome cuando puedo a caminar a la montaña por mi islita querida.

De improviso apareció un enorme perro labrador de color castaño que se elevó sobre sus patas traseras y se abalanzó atropelladamente sobre un sorprendido Dani. El joven tardó unos segundos en reconocer al musculoso animal, desde cuyo alargado hocico sobresalía una inmensa lengua con la que se dedicaba a lametearle.

—¡Sancocho! ¿¡Eres tú, bandido!?

—No, esa es Tirma. ¡*Sit* Tirma, *sit*! —ordenó una voz autoritaria aunque de armonioso acento detrás de

ellos—. Deja de sobetear ya al pobre Dani, que le vas a ahogar con tus babas.

La eufórica perra se apartó obedientemente y permaneció atenta a la llegada de una esbelta figura que destacaba entre la muchedumbre. Era una chica de melena dorada y edad similar a la de Dani, que avanzaba con agilidad junto a otro sabueso de la misma raza, aunque ligeramente más ancho que el primero. Escuchar esa segunda voz produjo en Dani una cierta emoción que de algún modo le sobresaltó, haciéndole sentirse hasta cierto punto incómodo, aunque trató de que no se notara.

—¡Mira, *elskling*, es Dani! —dijo Ingrid a la muchacha en español, aunque mezclando un término cariñoso en noruego.

—Eso veo, *mummy*. ¿Cómo estás? ¡Cuánto tiempo! —dijo la chica saludando con dos besos a Dani, aunque reteniendo al mismo tiempo con la pierna al nuevo can que también trataba efusivamente de jugar con el joven. — No sé cómo te las ingenias, pero, desde que recuerdo, todos los animales siempre te adoran —destacó la muchacha—. Este sí que es Sancocho, parece que de algún modo recuerdan tu olor.

—Normal, ¿no? —bromeó Dani con cierta inmodestia, superado el leve trance inicial de volver a verla, agachándose hasta donde estaba el perro para acariciarle con cariño el pelaje y hacerle varias carantoñas. Pronto

Tirma se les unió encantada— ¡Qué grandes están! Todavía recuerdo cuando eran solo unos cachorrillos y los recogimos en el albergue de Bañaderos.

—Es lógico, ya ha pasado mucho tiempo de eso y los animales van creciendo —destacó la joven con un cierto tono agrio y distante en su voz.

—Sí, eso es evidente —asintió Dani, haciendo caso omiso al punzante comentario de la joven—. ¿Qué tal te trata la vida, Idaira?

—Muy bien, la verdad. No puedo quejarme.

—¿Y piensas quedarte mucho tiempo por Gran Canaria? —preguntó Ingrid, interrumpiendo bruscamente la conversación, en previsión de que pudiera tomar un camino desagradable.

—Aún no lo sé, por lo pronto estaré dos semanas —respondió Dani—. Me gustaría aprovechar para sacar algunas buenas fotos de la isla. Estoy pensando hacer un reportaje sobre los grandes atractivos naturales de Gran Canaria, pero no solo desde el punto de vista de las playas, sino más bien desde el interior.

—Muy bien, muy bien. Tiempo suficiente... —balbuceó Ingrid entre dientes con una misteriosa y sorprendente sonrisa en los labios que en nada pasó desapercibida a los jóvenes. Idaira quiso preguntarle si estaba tramando algo, cuando su madre se le adelantó con total sagacidad—. ¿Y qué tal está Lucille? ¿No pudo venir? —fingió interesarse la señora ante Dani.

—Tenía mucho lío, y bueno... ya sabes que no es especialmente amante de Canarias... —respondió algo

parco en palabras Dani, sin querer entrar en demasiados detalles.

—Ahh, qué pena, ¿no? Aunque por lo que me has contado de esa muchacha es muy difícil sacarla del Soho. Supongo que entre su trabajo de modelo y si además quiere dar el salto al teatro, se verá obligada a estar todo el día por esa zona.

—¿Y cómo sabes tú todo eso, *mummy*? —preguntó sorprendida Idaira.

—Algo me comentó Dani cuando nos felicitamos las pasadas navidades por Facebook.

—¿Ustedes hablan por Facebook? —insistió, cada vez más sorprendida y contrariada la joven.

—Ya te digo —intervino Dani en la conversación, para luego añadir con cierto sarcasmo—, soy uno de los mayores *followers* de las fotos que sube tu madre de las caminatas con sus amigas. De hecho, en cierto modo de ahí me vino un poco la inspiración para presentar esta idea al periódico.

—Muy bien, muy bien Dani. Pues igual Idaira te puede ayudar con tu reportaje. ¿Sabes que está trabajando como monitora en el Campamento del Garañón? Allí estarías en contacto directo con la naturaleza, además de ser un lugar estupendo para la observación de la noche de estrellas. Podrías reservarle un hueco en una de las cabañas del campamento y enseñarle los mejores recovecos para sacar buenas fotos, ¿no es así, *elskling*?

—Pues... supongo que sí —respondió dubitativa Idaira, medio obligada por las circunstancias y mirando

confusa a su madre, cuya inesperada propuesta, hecha en su nombre, la había pillado totalmente desprevenida.

—Por mí sería genial, la verdad. Tengo que reconocer que me facilitaría enormemente el trabajo, aunque no sé si será demasiada molestia para ti —dijo con cierta cautela Dani dirigiéndose a Idaira, dándose perfecta cuenta de la nada disimulada triquiñuela urdida por Ingrid y el apuro en que dejaba a la muchacha.

—Por eso no te preocupes, ella es la medio jefecilla allí y no tendrá, para nada, inconveniente. ¿Cómo no va ayudar mi hija a un amigo de toda la vida? —replicó Ingrid picando un ojo a su hija y sonriendo indisimuladamente—. Quede dicho entonces. No se hable más —zanjó el asunto, nuevamente sin preguntar a Idaira—. Pueden hacer la ruta circular que pasa por la Ventana del Nublo, es preciosa. Sobre todo en estas fechas del año. Desde allí podrán ver toda la costa sur de la isla, el Roque Nublo, la Rana, e incluso el Teide, si el cielo está despejado. Ya verán que se lo pasan muy bien.